

¿Otro caso Asunta?



Llorenç Guilera

¿OTRO CASO ASUNTA?

Pobre Niña Adoptada

© Llorenç Guilera, junio 2024

ISBN - 9789403732367

Editor: Independenlyt published

Episodio núm. 3 de las

Aventuras del inspector Robert Gálvez

Dedicado a...

...a todos los que seguimos horro-rizados por el asesinato de la pequeña Asunta Basterra e intrigados por los muchos interrogantes que el juicio nos dejó.

Mi odio hacia alguien que le quita a un niño parte de su infancia es grandioso. A mi entender, es uno de los mayores crímenes que existen ese robo de la inocencia...

Albert Espinosa

El tiempo no cura la herida de un niño muerto.

Stig Dagerman

Capítulo 1 – Una noche trágica

Barcelona, jueves 22 de septiembre de 2016.

3:28 a.m.

El inspector Robert Gálvez tiene un sueño muy ligero,, consecuencia de los largos años que lleva en su profesión. Al tercer timbrado, su mano se dispara a coger el móvil y su cerebro recupera la conciencia necesaria para pulsar el icono verde y acercar el aparato a su oído.

—¿Inspector Gálvez? Soy Ricardo—. La voz que emerge del teléfono no necesita disculparse por llamar a esas horas tan intempestivas porque es de la Dirección General de Investigación Criminal para transmitirle las órdenes del comisario por un tema importante y urgente.

Robert, se incorpora a medias en la cama y logra articular las palabras de conformidad que el otro está esperando:

—Dime, Ricardo. Tomo nota.

A través de las legañas, ve en el *smartphone* que son las tres y veintiocho. Cuatro horas y dos minutos antes de que suene la alarma del despertador de los días de trabajo normal, como el que se suponía que iba a ser mañana.

—Tenemos el levantamiento de un cadáver cerca de Vic.

—¿Y estáis seguros de que es un tema nuestro?

—Los *mossos* de Vic confirman que se trata de un homicidio.

—¿Los de la científica y el forense ya están avisados?

—El Comisario se ha basado en el informe preliminar de ellos para decidir que usted tome el mando de la investigación.

—¿Y te han dicho quién es la víctima?

—Es un tema muy triste, inspector. Se trata de una niña de unos doce años.

—¡Vaya, por Dios! Todas las muertes son tristes, pero la de un niño lo es mucho más.

—Y que lo diga. Parece que sus padres habían denunciado su desaparición a la hora de la cena. La han encontrado en un camino forestal. No muy lejos de Vic. Le mando por SMS las coordenadas GPS.

—Gracias, Ricardo. Ya mismo me pongo en marcha.

Y antes de que finalice esta frase, Robert Gálvez ya ha puesto sus pies en el suelo de su habitación.

Camino forestal, jueves 22 de septiembre de 2016.

4:31 a.m.

Robert lleva unos pocos metros siguiendo la pista forestal de la Riera de Folgueroles, a las afueras de Sant Julià de Vila-torta cuando el GPS le indica que ha llegado a su destino. En un recodo del camino, en el talud a su izquierda, distingue resplandores de linternas moviéndose entre los árboles dentro de un cerco delimitado por las cintas blanquirrojas.

Aparca detrás del coche patrulla y se dirige al punto de entrada al cercado. Tan pronto como enseña su placa al *mosso* que custodia la entrada, éste llama a su superiora.

—Sargento, acaba de llegar el inspector de la Brigada de Homicidios.

De tres zancadas viene a su encuentro la sargento que está al mando operativo. Es una mujer de unos cuarenta y pocos años, resolutiva y ágil de movimientos que Robert no conoce porque nunca han coincidido anteriores intervenciones en la zona.

—Soy la sargento Francina Riutort —le encaja un apretón de manos vigoroso, casi masculino— y estoy al mando del área Básica Policial de Vic.

—Inspector Robert Gálvez.

—Ya nos ha avisado el comisario de que le enviaba a usted. Le estábamos esperando.

—Desde que me han avisado no he perdido ni un minuto en acercarme —contesta con tono bronco Robert.

La sargento recibe esta respuesta como una grosería fruto del malhumor.

—Me ha interpretado mal, inspector. No me refería a que usted tardara, me refería a que los de la científica le esperan para ponerse a sus órdenes y ver si quiere algo más

Robert se da cuenta de que su tono fue inoportuno.

—Discúlpeme, sargento, saltar de la cama a mitad de la noche para un tema tan tenebroso como el asesinato de una pobre niña me pone de un humor de perros.

Francina llama con un gesto a uno de los agentes.

—Eduard, tráele el termo de café al inspector, ¿quieres?

Con media toma de café en el gajnate y otra media en el vaso desechable, Robert se dirige hacia el responsable de la Unidad Científica.

—Haremos todo lo que usted nos diga. Ayúdenos a no dejar ni un solo indicio sin detectar y recoger.

—Estoy seguro de que estáis haciendo un trabajo excelente y no os olvidaréis de nada —le contesta el inspector—. Oigamos primero qué nos cuenta la forense.

Se acerca a la forense del Instituto Anatómico Forense de Barcelona, la doctora Raquel López-Ferreras que está con el juez de guardia del partido judicial de Vic, Su Señoría Eduard Llanes.

Tras los saludos protocolarios, la doctora emite su informe preliminar ocular.

—Es una niña de unos diez años. Es evidente que la han asfixiado en otro lugar y la han trasladado, ya muerta, aquí. Se nota que la han depositado donde está con mucho cuidado, que no ha sido arrastrada por el suelo. La han depositado donde está una sola persona lo bastante fuerte o entre dos personas.

» Por ahora no tenemos ni idea de dónde haya podido ser el

escenario del crimen. Creo que la han drogado con un fármaco, posiblemente orfidal, y han terminado la faena tapándole la nariz y la boca con una almohada o algo de naturaleza textil.

» La niña no ha luchado para defenderse porque estaba drogada y sin fuerzas. Tiene muestras de vómitos en las comisuras de los labios que se los han limpiado con un pañuelo y hay evidencia de que se le han soltado los esfínteres al asfixiarla.

» En principio, sitúo la muerte sobre las siete de la tarde, pero os la concretaré con mayor precisión con la autopsia. Entonces os podré decir si la han violado o no; aunque, en principio, las apariencias son de que no.

Con su linterna y el apoyo de la de la sargento, Robert ilumina el cuerpo tendido de la niña y recorre lentamente su envergadura de metro cuarenta.

Tiene los ojos cerrados. Alrededor de la boca se distingue un cerco, blancuzco y seco que, según la forense, son restos de vómitos mal limpiados. Sus ropas no están desgarradas ni se ven manchadas en ningún punto.

—¿Es una niña oriental? —pregunta Robert al apreciar las facciones de la pequeña.

—Es una niña vietnamita adoptada —le informa la sargento—. Se llama Gemma Calafat y tenía once años. Sus padres son de Vic y habían denunciado su desaparición en comisaría a las 21:45. La madre la dejó en su casa esta tarde estudiando y se fue a realizar unas gestiones y cuando regresó la niña no estaba. Los padres están divorciados, pero parece que son buenos amigos y compartían amicalmente la custodia de la niña.

—¿Quién la encontró?

—Un administrativo del Ayuntamiento de Sant Julià de Vilatorrada. Se ve que tiene la costumbre de hacer *running* todas las noches para combatir el insomnio y el sobrepeso. Pasó por aquí a las 12:06 y se

encontró con este «regalito».

—Parece que el asesino tenía la intención de que fuera fácil de encontrar. No se ha molestado en esconder el cuerpo en lo más mínimo. Un poco más y lo deja en mitad de la calzada.

—Me imagino que lo habrá tenido que dejar deprisa y corriendo para evitar testigos.

—A mí me da la sensación de que se ha tomado el tiempo necesario para dejarla bien puesta y visible. Creo que la ha dejado así a propósito, para que el primero que pasara la viera sin falta.

—Sí, es posible que tenga razón —asiente Francina.

—¿Qué indicios habéis encontrado? —pregunta el inspector al responsable de la Unidad Científica.

—La cosa más destacable es un par de cuerdas que el asesino ha dejado tiradas cerca del cuerpo. Parece que las había usado para atarla de pies y manos.

Una imagen relámpago ilumina de repente la memoria del inspector.

—¿Cuerdas de color naranja?

El policía de la científica se sorprende.

—Sí. ¿Cómo lo ha adivinado?

—No lo he adivinado. Me he limitado a reconocer la similitud que desde un principio estaba llamando la atención de mi inconsciente.

—¿A qué se refiere?

—Este homicidio me recuerda un montón el de Asunta Basterra.

—¡Caray! Es verdad —se exclama Francina—. Concentrada en recoger las evidencias de la escena, no lo había relacionado.

—Pues, ¿quieren que les diga algo que les pondrá los pelos de punta? —advierte Robert.

—Sí, no se lo calle —le exhorta la sargento.

—El asesinato de Asunta Basterra ocurrió exactamente un veintidós de septiembre. Y hoy se cumple el tercer aniversario.

La sargento Francina Riutort experimenta un escalofrío de manera

muy evidente.

—Me parece una coincidencia diabólica.

—Yo no creo en las casualidades —le indica Robert—. Pienso que el asesino o los asesinos (si es que son dos) han buscado a propósito esta similitud.

Durante unos segundos, se quedan los tres policías juntos en silencio, absorbidos por sus respectivas cavilaciones.

Camino forestal, jueves 22 de septiembre.

5:20 a.m.

El silencio de la noche es roto por el rugido de un Audi 8 de color negro irrumpiendo a una velocidad desmesurada y frenando con brusquedad al pie de la escena acordonada.

Del automóvil descienden agitados y con tremendas prisas un hombre moreno de unos cuarenta y tantos años y una mujer bajita y frágil con edad difícil de precisar.

—Son los padres de la niña —avisa la sargento.

—¿Cómo se habrán enterado?

—Les hará avisado algún vecino que ha visto la que hemos montado. Antes de venir a la comisaría a denunciar la desaparición, estuvieron telefoneado a todo quisqui buscándola.

La madre se ha adelantado y el *mosso* de la entrada al recinto acordonado se ve obligado a bloquearle el paso.

—Por favor, señora. No se puede entrar.

—¿Es ella? ¡Solo quiero saber si es mi hija! —chilla con desesperación Rut Fontdevila.

La forense piensa que, aunque el protocolo establece la preferencia de proceder al reconocimiento del cadáver en condiciones adecuadas en el Instituto Anatómico Forense, se dirige al juez

pidiéndole permiso:

—Ya que están aquí, que hagan el reconocimiento del cadáver.

¿No te parece?

El inspector se adelanta y acoge a los padres con amabilidad formal.

—Disculpen, ¿quién les ha avisado?

Señalando la casa que está en la rotonda al inicio del camino forestal, Xavier Calafat le contesta:

—El dueño de esta casa es amigo nuestro y sabía que Gemma había desaparecido.

—Lo siento, no pueden acercarse más para no contaminar la escena. Vean la fotografía y digan si es su hija.

La madre suelta un jadeo de dolor al ver la foto en el móvil del inspector, casi un estertor, y se encoge sobre si misma en un sollozo desesperado, sin palabras ni lágrimas. El padre, con cara larga y triste, pero mucho más sereno, confirma verbalmente lo que hace rato que todos ya sabían:

—Sí. Es ella. Es nuestra hija Gemma.

El inspector se dirige a ellos.

—Lamento enormemente su dolor. Siento tener que pedirles que nos acompañen a la Comisaría de Vic para hacer el atestado.

Rut Fontdevila experimenta convulsiones en su pequeño cuerpo de metro y medio de altura y cuarenta y pocos quilos de peso mientras rechina de dientes y exclama:

—¿Cómo es posible? ¿Quién ha podido matarla? ¿Y por qué? ¿Cómo es posible tanta maldad?

Xavier Calafat, que, aunque es de estatura normal, parece un gigante al lado de su exesposa, la abraza por la espalda e intenta consolarla sin palabras.

—Usted, Sra. Fontdevila, es propietaria de una casa de veraneo aquí en Sant Julià de Vilatorrada ¿no es cierto? —le pregunta la sargento.

Rut expresa en su cara que la pregunta le sorprende. «¿Qué

tiene que ver eso ahora y aquí?».

—Sí. La heredé de mis padres.

—¿Han estado esta tarde allí?

—Sí —responde entre sollozos—. Yo sí, he ido a recoger unas sábanas y ropa de cama que me dejé en julio y que ahora necesitaba en casa.

—¿Fue sola o con su hija?

—Sola. Dejé a Gemma en casa haciendo sus deberes de inglés y cuando regresé no estaba allí. En principio no me asusté porque ella se movía con plena libertad entre nuestra casa y la casa de su padre. Pero cuando llamé a Xavier para preguntarle si cenábamos juntos y me dijo que la niña no estaba con él, me asusté de verdad.

—¿Podríamos pasar ahora por la casa de Sant Julià y registrarlo en busca de posibles pistas? —pregunta el inspector.

Rut se muestra muy sorprendida por la propuesta y claramente dubitativa.

—Dada la proximidad, podría ser donde la mataron. Nos puede ir bien cualquier información que podamos hallar en la habitación de la niña —le aclara Robert.

Sant Julià de Vilatorça, jueves 22 de septiembre.

6:05 a.m.

El Audi A8 se detiene en una calle residencial de Sant Julià de Vilatorça, delante de una magnífica finca con un generoso jardín y una casa de unos doscientos metros cuadrados de planta que muestra un buen diseño arquitectónico y una sólida construcción con materiales de calidad. La pareja desciende y procede a abrir la cancela.

Les siguen los dos policías y los tres miembros de la Unidad Técnica de Soporte Operativo.